

La balsa de piedra

Revista de teoría y geoestrategia iberoamericana y mediterránea



La balsa de piedra, n° 9, octubre-diciembre 2014. Especial: Sujeto y Comunidad en la Plataforma Iberoamericana. p. 3.

ISSN: 2255-047X

"La identidad hispano-estadounidense: ¿un sueño americano?" (1)

"The American-hispanic identity: ¿an American dream?"

José Andrés Fernández Leost

(Euro-Mediterranean University Institute -Malta, Marruecos, España-, Fundación Carolina - España-, Fundación Gustavo Bueno -España-; jfernandezleost@hotmail.com)

Resumen: El objeto del presente artículo consiste en examinar la robustez conceptual que comporta referirse a un colectivo de identidad pan-hispana en Estados Unidos. La hipótesis de partida presupone la existencia de una identidad cultural, basada en la lengua y la religión, a la que se suma —entre otras dimensiones— una experiencia migratoria ampliamente compartida por la comunidad o comunidades hispanas; el mismo debate sobre la utilización “en singular o plural” de la expresión se encuentra en el núcleo de la cuestión identitaria. El tema reviste una relevancia crucial puesto que la refutación de un mínimo sentido de pertenencia entre el colectivo pondría en solfa la pertinencia de plantear —en términos institucionales, artísticos o económicos— una relación especial entre España y los hispanos.

Palabras clave: Identidad, hispano, Estados Unidos de América, inmigración, cultura.

Abstract: The object of the present article is to examine the conceptual robustness implies that refer to a collective identity of pan-hispanic in the United States. The baseline scenario assumes the existence of a cultural identity based on language and religion, which is sum -between other dimensions - a migratory experience widely shared by the community or Hispanic communities; the same discussion on the use "in the singular or plural" of the expression is found in the core of the identity question. The issue is of vital importance since the refutation of a minimum sense of belonging among the collective would solfa the relevance of raise -in institutional terms, artistic or economic - a special relationship between Spain and Hispanics.

Keywords: Identity, hispanic, United States of America, inmigration, culture.

I. Introducción

La existencia de una identidad hispana común está lejos de resultar evidente, toda vez que cada subgrupo conserva una identidad vinculada a su nación política de origen (en el seno de las cuales confluyen múltiples etnias) y no cabe hablar de una “etnicidad hispana” cerrada o con un significado “normativo” —menos aún de una “raza hispana”. A su vez, la paulatina integración social de los hispanos en Estados Unidos afecta a su propio proceso de auto-afirmación, el cual, si bien no deja de incorporar hábitos de la sociedad de acogida (singularmente, el pragmatismo), queda condicionado por el grado de reconocimiento que ésta le brinde. La excepcionalidad del caso hispano, en el que se cruzan factores históricos y geográficos, hace que pueda hablarse de una influencia en sentido inverso, donde entra en juego la propia redefinición de Estados Unidos, acaso en trance de transformarse en una sociedad bicultural. Hacia tal averiguación apuntará parte del objetivo de este texto.

En línea con esta aproximación, nuestra estrategia discursiva va a recorrer los siguientes puntos: en primer lugar, se presentará una propuesta de la identidad hispana de carácter genérico, ligada a la presencia histórica del colectivo en Estados Unidos (con especial énfasis en el siglo XX) y que, desde un punto de vista categórico-cultural, acudirá a los conceptos de “hibridación” y “traslación”. A continuación, se revisará la delimitación restrictiva que se desprende de la visión esencialista del profesor Samuel Huntington sobre la identidad estadounidense, la cual — pese a su perspectiva excluyente— tiene la virtud de enumerar los puntos de conflicto en los que la integración hispana genera dilemas de orden axiológico y lingüístico-religioso, que afectarían a su parecer sobre los fundamentos constitucionales del país. Dicho análisis abrirá paso, finalmente, a un replanteamiento de la cuestión identitaria desde un enfoque empírico, a la luz del cual las colusiones culturales quedan desdibujadas frente a los desafíos socio-económicos y

educativos (pobreza, criminalidad, formación del capital humano, etc.) que suscita la presencia hispana.

II. En busca de la identidad futura

A partir del último tercio del siglo pasado, se ha hecho frecuente recurrir a la noción de identidad cultural, procedente del campo de la antropología, para describir los rasgos auto-conscientes que definen la conducta y dotan de significación a un grupo étnicamente afín. De este modo, el conjunto de instituciones, costumbres, tradiciones, rituales y artefactos bajo el que se engloba el concepto de cultura cobra un componente psico-social, apto para vindicar su visibilización e incluso proyección política. Debido al tratamiento homogéneo e invariante con que esta noción estudia las pautas comunitarias, su alcance analítico resulta insuficiente para dar cuenta de los procesos de intercambio y readaptación que caracteriza la dinámica cultural de todo colectivo humano en los tiempos de la globalización. Siendo precisos, la misma ruptura del aislamiento tribal exige acudir a nociones identitarias que rebasen el anclaje cultural esencialista, en clave “de autenticidad” (Taylor, 1994). Aunque cabría remontarse a otras épocas y territorios, los efectos del descubrimiento y colonización de América —en los que se cifra el origen de los relatos fundacionales de la etnografía— conducen al desarrollo de prácticas mestizas y sincréticas que reorganizan, no sin violencia, los sistemas simbólicos (creenciales, lingüísticos, artísticos, etc.) y las narrativas de sentido de los grupos indígenas. Los procesos de constitución nacional e independencia que se suceden en el continente contribuyen —siguiendo el modelo europeo— a la cristalización de unidades políticas que, sin embargo, no diluyen los múltiples atributos étnicos bajo el que estas se construyen, ni al cabo la referencia antagónica que representa la antigua metrópoli.

Durante el siglo XX, los avances técnicos que dan lugar a la eclosión de los medios de comunicación de masas (radio, televisión, prensa) y a la aparición de nuevas redes de desplazamiento (intensificación de viajes y migraciones), densifica hasta tal punto las interacciones humanas y la heterogeneidad cultural que se hace preciso acuñar un concepto nuevo, el de hibridación (García Canclini, 2001). Apropiado para describir procesos de combinación de estructuras y prácticas culturales previamente diferenciadas, su introducción se encamina ante todo a explicar tales procesos en contextos interculturales avanzados, esto es, en un momento en el que un mundo globalizado propicia la intercalación de las industrias culturales en las producciones populares y tradicionales. Tal sería el caso de la fusión homogeneizadora de “lo latino” en Estados Unidos, etiqueta en parte formateada desde la industria discográfica de Miami (García Canclini, 2001: 24). Por descontado, al margen del juicio que nos depare tal estrategia comercial, el obstáculo preliminar con el que se topa cualquier exploración identitaria de lo hispano radica en la falta de un referente común, exceptuando el de “hispanidad”.

A tenor de lo dicho, el estado de ductilidad en el que se encontraría la construcción de la identidad cultural hispana en Estados Unidos obliga a tomar no pocas cautelas a la hora de llegar a conclusiones terminantes. No por ello resulta inoportuno presentar las propuestas que, con desigual fortuna, han ensayado una aproximación programática al fenómeno, a fin de calibrar su grado de congruencia y operatividad académica. Por ello, acudiremos en lo sucesivo a la obra del profesor Ilan Stavans, *La condición hispánica*, en tanto ofrece un compendio de teorías al respecto y se presenta como una propuesta que, si bien adolece de un marcado sesgo subjetivo, enlaza con el carácter procesual —moderno e híbrido— de la cuestión. Editada en inglés en 1995, la obra tiene el inconveniente de presentarnos la situación antes del Censo estadounidense de 2000, ofreciendo un estado de la cuestión previo al impacto político y académico que desencadenó la publicación del mismo, pero que en cambio posee la ventaja de plantearnos un análisis de referencia muy completo, en un momento decisivo de la pujanza hispana.

III. La condición “hispánica”

El tratamiento de la identidad hispana no se atiene en la obra de Stavans a un método científico-social con pretensiones de objetividad, sino que opta por adoptar una perspectiva literario-estética, propia del campo de la filología, que no en balde fue pionero en investigar de forma acotada la emergencia de lo hispano. No obstante, el autor cruza dicho enfoque con una óptica política, dada la mutua imbricación que, desde su punto de vista, se produce en la articulación de la conciencia social latina —y ello parcialmente debido al influjo barroco de la cultura española. Así, no es extraño que, junto a la profusa revisión de referencias estéticas y narrativas, Stavans dedique una amplia atención al movimiento chicano de los años sesenta. En todo caso, su mirada es sensible a la condición elástica de la identidad hispana —que vincula asimismo al concepto de hibridación— plasmada en la misma falta de consenso que existe para aludir a la comunidad de referencia (latina/hispana/hispánica) y que cabe ligar a la controversia nominativa que en el siglo XIX favoreció el uso de la expresión “América Latina” frente a la denominación de Hispanoamérica o América Española. No por ello el autor deja de abogar por la existencia de un “todo unificado” aun heterogéneo, sobre todo a partir de la década de los ochenta —años que atestiguan la transición de la cultura hispana de la periferia al interior del *establishment* norteamericano—, pero cuya genealogía se remonta a los primeros asentamientos del siglo XVI y pasa por varios hitos, entre ellos: el Tratado de Guadalupe Hidalgo (1848) o la implicación hispana en la Guerra Civil estadounidense, en la construcción del ferrocarril y en las dos guerras mundiales. Bajo estas premisas, Stavans se ocupa en la primera parte de su ensayo de desentrañar las vetas caribeña y mexicana de la cultura latina y aborda, en un segundo bloque, los rasgos distintivos y auto-definitorios de su mentalidad, recalcando los retos educativos y políticos que enfrenta su plena integración.

En rigor, el capítulo dedicado al Caribe se centra únicamente en dos países, Puerto Rico y Cuba, en virtud de su particular relación con Estados Unidos, de un perfil histórico-político más intenso que el que han mantenido El Salvador y República Dominicana (de donde procede asimismo un alto porcentaje de hispanos). No obstante, los rasgos psico-sociales que Stavans subraya —de propensión a la reinención, en parte desprendidos de una ubicación geográfica proclive al tránsito— serían extensibles a toda la región. Como también lo sería el arraigo de una economía de plantación (de caña de azúcar, café, tabaco, etc.) en tanto sistema de producción prototípico. Por supuesto, el autor también detecta diferencias entre los hispanos de los países seleccionados asentados en Estados Unidos, la mayor de las cuales radica en su nivel económico. Así, mientras que los puertorriqueños se situarían en la parte más baja (reflejo de su lenta asimilación), los cubanos emergen como la nacionalidad inmigrante más pudiente e integrada. Aun tratándose de datos desactualizados **(2)**, la mención mantiene su interés por la relación que guardan con la construcción de imágenes y clichés (según simbolizan la película *West Side Story* o el impacto del éxodo de Mariel) y su asociación respectiva a las ciudades de Nueva York y Miami.

IV. El ascendiente mexicano

Mayor enjundia cobra el apartado dedicado a los mexicanos, cuya presencia (posterior a 1848) Stavans periodiza en tres fases: a) desde el Tratado de Guadalupe Hidalgo a 1940, b) de 1940 a 1970 y c) desde los años setenta a la actualidad. La primera fase, que cabe extender a los años previos de dominio sobre California, Nuevo México y Texas, abarca una época convulsa en la que la población asentada en el territorio ganado por Estados Unidos tiene que adaptarse a una nueva realidad administrativo-política y articular su estatus sociolaboral; a su vez, también son tiempos en los que se forja la imagen mítica del bandido forajido, personificada en Joaquín Murrieta. En paralelo, los flujos migratorios no tardan en activarse, producto de la inestabilidad mexicana que causan el golpe de Porfirio Díaz (1876) y, sobre todo, la revolución de 1910, conflicto que se prolongó durante siete años. Sin embargo, y a este respecto, las leyes sobre inmigración que estableció Estados Unidos en 1921 y 1924 (respectivamente, la ley de cuotas de emergencia y la ley de orígenes nacionales), obstaculizaron a partir de entonces la entrada de mexicanos, levantando una barrera legal que no se corrigió hasta la promulgación, en 1952, de la ley McCarran-Walter. Pero, pese al estigma de verse relegados a “ciudadanos de segunda”, la iniciativa de la Política de buena vecindad hacia América Latina instaurada por el presidente Franklin D. Roosevelt a finales de 1933, amén de la incorporación de artistas (Orozco, Rivera y Siqueiros) a los proyectos artísticos del New Deal **(3)**, templan un juicio estrictamente negativo de las relaciones políticas y simbólicas entre ambos países durante esta fase.

El clima político de post-guerra en Estados Unidos y la organización del activismo chicano abren un nueva fase en la que cabría hablar de choque cultural, condicionado por la situación marginal de los mexicanos en Estados Unidos y que vive su cénit en la década de los años sesenta, coincidiendo con la época de lucha por los derechos civiles. Entre los hitos que se sucedieron, destaca el boicot de los estudiantes mexicanos de Los Ángeles en 1968, quienes reivindicaban la mejora de la educación en las escuelas públicas. Pero la figura clave del movimiento chicano la encarnó César Chávez, fundador de La Causa, defensor de los derechos de los campesinos en contra de la contratación de ilegales y artífice, junto con la líder chicana Dolores Huerta, de la *National Farm Workers Association*. A través de esta organización dirigió la huelga de los recolectores de uva que se convirtió en boicot y logró que 17 millones de norteamericanos dejasen de comprarlas, en lo que constituye su mayor éxito sindical. Estos años atestiguan asimismo el surgimiento en Los Ángeles de los *Brown Berrets*, organización de estudiantes activistas creada a semejanza de los Panteras Negras y que tuvo su replicación puertorriqueña en Nueva York y Chicago, los *Young Lords*.

En esta atmósfera de agitación —a la que no es ajena la repercusión de la revolución cubana y de la guerra de Vietnam— afloran voces en el ámbito de las artes que encuentran eco en el medio literario estadounidense y gozan de reputación editorial, introduciendo en sus narraciones tramas de corte social y combativo: son los casos de Rodolfo *Corky* González (líder chicano en Denver), Óscar Zeta Acosta, Richard Rodríguez o Sandra Cisneros: autores comprometidos con un sentido colectivo a los que cabe sumar el amplio sector de artistas latinos adheridos al movimiento chicano. Su desarrollo acabó por fraguar una masa crítica, creativa y militante, cuya relevancia social llegó a la academia, cuando —de mano de la eclosión de los *cultural studies*— se abrieron los primeros departamentos universitarios destinados a las artes y culturas latinas. Justamente, el auge de la corriente multicultural en los años setenta, en la que se compaginan motivos artísticos e ideológicos en pro de la reclamación de los derechos de las minorías, propicia la consolidación de la presencia simbólica de la comunidad hispana, que irá ganando, poco a poco, alcance institucional. Se trata de un tránsito cuyo impacto ilustra de nuevo y ante todo el espacio de las artes (exposición en el Metropolitan Museum de 1990, irrupción global de la estrellas latinas...), al que acompaña desde la esfera económica la aprobación del Tratado de Libre Comercio de 1994, pero en el que la intensidad activista pierde fuelle, por efecto quizá de tal reubicación en el núcleo del sistema cultural y económico (aunque todavía no político). Así las cosas, la redefinición identitaria continúa presentándose como un capítulo intrincado, pendiente de construir y concretar.

V. La imagen latina y el debate cultural

Rebasando la circunscripción de las fronteras nacionales, Stavans ensaya en lo sucesivo delinear las características de una *psique* hispana genérica, que hunde sus raíces en una doble fuente

histórica, católica y precolombina, aun a riesgo de caer en clichés superficiales, acartonados o desprovistos de base documental. Ciertamente, no elude realizar una revisión bibliográfica, en torno a la percepción y auto-percepción de la imagen latina, producida durante los siglos XIX y XX por escritores y académicos tanto latinoamericanos como estadounidenses. Sin embargo, alude de forma previa a un conjunto de elementos antropológicos que bosquejan un perfil cultural común: la raza, la religión, la lengua, el sexo y el parentesco. Exceptuando el análisis de la dimensión lingüística, que trata más adelante de manera aislada, la referencia a dichos elementos no configura una especie de “tipo ideal” weberiano, toda vez que en el sistema cultural hispano carecen de pureza u homogeneidad fenotípica. Frente a ello, el autor acude a la imagen del *laberinto*, fundada en la intersección entre verdad y ficción, que determinaría metafóricamente la idiosincrasia de las culturas hispanas en su interacción con el mundo entorno y que tendría su mejor reflejo ceremonial en la institución del carnaval: festividad que celebra la inversión del orden moral de las sociedades y expresa el sentido simulado de la vida (y que entronca de nuevo con el espíritu barroco, v.g.: el teatro de Calderón de la Barca). Con todo, esta observación no le impide subrayar una serie de pautas que detecta en relación a los rasgos citados: racismo ante el indígena (suavizado por razones estético-políticas en la segunda mitad del siglo XX), machismo y homofobia, y sacralización de la institución familiar como espacio del orden y la dignidad; todo ello tamizado por un sincretismo religioso que apuntala al cabo la espesura identitaria latina (“densidad cultural”, la denomina Stavans), susceptible de entorpecer la receptividad de la sociedad estadounidense. Tanto más por cuanto una de las piezas clave de toda morfología cultural (el lenguaje) conserva en el caso hispano una gramática normativa unificada. De ahí la controversia que esta dimensión suscita en Estados Unidos.

Más allá de los datos de penetración del español en Estados Unidos que el autor ofrece —ya obsoletos— o de las objetables consideraciones sobre la lealtad hispana hacia su idioma y la lentitud que muestran en el aprendizaje del inglés, interesa recuperar la exploración que Stavans aborda sobre la cuestión de la educación bilingüe, tema de crucial importancia. Es preciso subrayar un factor de fondo y es que, a escala federal, Estados Unidos no tiene reconocido un idioma oficial, si bien varias legislaciones estatales sí que se la han conferido al inglés (a veces, en régimen compartido, como con el hawaiano en Hawai, el Chamorro en las Islas Marianas o el español en Puerto Rico). Así las cosas, hay que volver al contexto de los años 50-60 para localizar los primeros programas de educación bilingüe (español/inglés) que se implantaron en el país, concretamente en las escuelas del condado de Dade (Florida), gracias al influjo de los exiliados cubanos en la región (Fernández Ulloa, 2007) (4). Este precedente se extendió durante los años posteriores a los estados de Texas, Massachusetts y Nueva Jersey. Y en 1968 se aprobó la llamada ley de Educación Bilingüe, afianzada por la decisión del Tribunal Supremo de 1974, en el marco del juicio de Lau contra Nichols, que condenaba como discriminatorios la existencia de programas monolingües en las escuelas públicas de San

Francisco; en consecuencia, los gastos federales destinados a la educación bilingüe se multiplicaron a lo largo de la década.

Este escenario ha sido combatido por el movimiento *English Only*, nacido en 1981, que propugna la oficialidad exclusiva del inglés en el país y, por ende, su uso prioritario en el sistema de enseñanza, aspecto que, de hecho, se recuperó en 2001, cuando el Congreso promulgó la iniciativa *No child felt behind*, de mejora del rendimiento escolar —si bien de facto el bilingüismo persiste. Es más, dejando al margen la esfera de la educación formal, la presencia del español no ha hecho sino crecer en los soportes de la administración pública y los medios de comunicación: prensa, radio, televisión, internet, incluyendo las casas editoriales: realidad que ha propiciado una difusión dispar del idioma, que oscila entre una uniformización singular y una diversificación heredera de las peculiaridades nacionales. E incluso ha dado lugar a un nuevo dialéctico: el “espanglish” (del que Stavans es experto). Ahora bien, con buen criterio el autor llama la atención sobre el debate que suscita la dimensión lingüística incluso en el interior del colectivo hispano, recordando cómo el prestigioso escritor, Richard Rodríguez, expresó en su libro autobiográfico *Hunger for Memory* (1982) su posición contraria al bilingüismo, ligado al modelo de integración “comunitarista”, el cual a su parecer obstaculiza la asimilación, en detrimento de la movilidad social ascendente.

VI. Hacia una auto-definición coherente

Tal clase de debates internos enlazan con una línea de reflexión que los intelectuales hispanos han cultivado sobre su propia identidad a escala continental desde el periodo de las independencias (1808-1898) y, de manera significativa, entre finales del siglo XIX hasta principios de los años sesenta. En este sentido, el autor destaca las siguientes obras: *Facundo*, de Domingo Sarmiento; *Os Sertoes*, de Euclides de Cunha; *La raza cósmica*, de José Vasconcelos; los ensayos de José Carlos Mariategui y Pedro Henríquez Ureña; *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz; o incluso *Las enseñanzas de Don Juan*, de Carlos Castaneda. Se trata de trabajos elaborados desde distintas disciplinas (antropología, historia, psicología, etc.) y corrientes (marxismo, liberalismo...), que trazan tesis contrapuestas (en relación por ejemplo a la cuestión indígena), pero con un alcance similar: dotar de una lógica congruente a la noción de “latinidad”. Un ejercicio que Juan Gómez Quiñones volvió a repensar en 1977 en el ensayo *On culture*, incorporando ahora el factor estadounidense, aunque partiendo de premisas conectadas al movimiento chicano. En él, aunque reconocía el carácter inconcluso de la identidad colectiva hispana, postulaba un programa en clave de resistencia, basado en categorías de etnia y de clase, de acuerdo a los esquemas de análisis de la izquierda postmoderna, aun cuando —según indica Stavans— la obra no dejaba de estar sujeta a una visión cultural estática, esencialista.

Un ángulo situado, en fin, en las antípodas de la mirada del autor quien, ya en los últimos compases de su obra, reitera su orientación multicultural, en sintonía con la noción filosófica de la otredad o alteridad: de ahí su propuesta por caracterizar la condición hispana como una “identidad de traslación”, por definición fluctuante, pero que encajaría con la naturaleza abierta de Estados Unidos, histórico receptor de inmigrantes (*melting pot*). Su optimismo —apoyado sobre la mejora de los datos socioeconómicos— apela en última instancia a la cultura intrínsecamente democrática de la nación, atributo cívico que sería justo al que habrían de adaptarse con decisión y *pragmatismo* los hispanos, superando su historia y los lastres intransigentes heredados del espíritu contrareformista **(5)**. Por su parte, a los norteamericanos les concerniría reacoplar su interpretación de la civilización latina a la tradición occidental, dado que el euro-centrismo estadounidense “excluye a España y a Portugal como pilares de la civilización occidental” (Stavans, 1999: 231); a su vez, junto con esta corrección, también sería preciso que en Estados Unidos se dejase de identificar a los hispanos como un grupo étnico: propósitos al cabo viables en la concepción que Stavans tiene del país, fruto de una idea, más que de un territorio. Quince años después de su publicación, sus previsiones armonistas recaban un diagnóstico desigual, puesto que si, por una parte, la presencia hispana no ha hecho sino incrementarse demográficamente, superando incluso las proyecciones, y por ende su influencia en múltiples ámbitos resulta incuestionable; por otro lado, perdura una brecha socioeconómica y educativa, que pone en entredicho su plena asimilación y el alcance de la movilidad ascendente. Una movilidad que, cuando se logra, se produce a menudo a expensas del sentido de pertenencia hispano, es decir, de la configuración de una ciudadanía bicultural, por lo demás en riesgo de desdibujarse en las terceras generaciones **(6)**.

Retomando dichos interrogantes, el sociólogo de la universidad de Princeton presentó a mediados de la década de 2000 un cuadro objetivo de la situación social de la población hispana —derivado de un análisis longitudinal— en el que quedaban perfiladas las tendencias de su integración de cara al futuro. Parte de su interés radica en la introducción de resultados basados en evidencia empírica —en línea con las investigaciones elaboradas desde 2001 por el Pew Hispanic Center— que certifican un giro metodológico en el estudio académico de la cuestión hispana, rebasando los tratamientos histórico-culturales. Tales planteamientos han mitigado las conclusiones lúcidas e intuitivas pero en gran medida acientíficas, de obras como la de Ilan Stavans o, desde un enfoque contrapuesto, la de Samuel Huntington, desarrolladas en su libro *¿Quiénes somos?* (2004). De hecho, Portes señalaba cómo las barreras con las que se topan los hispanos en Estados Unidos, lejos de ser de índole cultural, son de naturaleza estructural e institucional. Pero, antes de presentar en detalle los rendimientos del trabajo de Portes, resulta ilustrativo detenernos en las amenazas culturales que el célebre profesor de Harvard percibía en el colectivo hispano, partiendo de premisas explícitamente enfrentadas a la corriente multicultural.

VII. El enfoque asimilacionista

A la hora de exponer las tesis de Huntington en torno a los hispanos es necesario recordar su consideración de la “civilización latina” de forma separada a la occidental, según expresaba en su libro *El choque de civilizaciones* (1997). Para argumentarlo, afirmaba que Latinoamérica se distinguía por incorporar a las culturas indígenas (“eficazmente aniquiladas en Norteamérica”), ser mayoritariamente católica —sin apenas combinación con el protestantismo— y seguir una evolución económica diferente a la de los modelos atlantistas. Y concluía que:

“Latinoamérica se podría considerar, o una subcivilización dentro de la civilización occidental, o una civilización aparte, íntimamente emparentada con Occidente y dividida en cuanto a su pertenencia a él. Para un análisis centrado en las consecuencias políticas internacionales de las civilizaciones, incluidas las relaciones entre Latinoamérica, por una parte, y Norteamérica y Europa, por otra, la segunda opción es la más adecuada y útil” (Huntington, 1997: 52).

En *¿Quiénes somos?* abundaba en esta diferenciación, centrando parte de su análisis en un examen comparativo entre Estados Unidos y México, de acuerdo con el cual aquel país estaría acusando un desafío identitario motivado por la presión migratoria, que afectaría de lleno sobre los rasgos culturales (lengua y religión) e ideológicos (individualismo y libertad) propios de una nación de claro cuño anglo-protestante. Si bien parte de la responsabilidad de este estado de cosas recae a su juicio en los mismos factores internos que Ilan Stavans apreciaba (expansión del multiculturalismo, políticas en favor de la educación bilingüe y la “acción afirmativa”), Huntington pone el acento de su reflexión en la peculiaridad de la inmigración mexicana, núcleo del problema; y ello en tanto se aleja de toda experiencia migratoria que haya vivido el país en el pasado. Seis particularidades darían cuenta de este aserto: la contigüidad de la línea fronteriza, que se extiende a lo largo de 3.000 kilómetros; el número de inmigrantes, en crecimiento exponencial desde 1965 (al punto de que dos tercios de la población hispana es mexicana); la ilegalidad de un alto porcentaje de inmigrantes; su concentración regional en enclaves territoriales —como los estados de California, Miami y Texas o la ciudad de Nueva York—, hecho que obstaculizaría su asimilación; la persistencia de los flujos, antitética al carácter decreciente de las anteriores oleadas; y, por último, el recuerdo de la presencia histórica, proclive a suscitar reivindicaciones de reapropiación o, cuando menos, de reconocimiento de derechos especiales.

Ante tal panorama, y pese a conceder que, en un primer momento, la paralización de la inmigración traería consecuencias socioeconómicas perjudiciales (llega a hablar de la pujanza del mercado hispano dentro de la economía estadounidense), los temores de Huntington se avivan de mano de analistas como David Kennedy o Graham Fuller, quienes alertan sobre la amenaza de un vuelco cultural. De ahí que, por último, su línea de argumentación desemboque

en una reprobación de los valores hispanos, ajenos desde su perspectiva a la ética del trabajo protestante, con lo que recupera su tesis de fondo: las “profundas diferencias” que existen entre ambas civilizaciones. Postura que, no sin astucia, apuntala enumerando las reflexiones del mismo signo enarboladas por figuras mexicanas (Carlos Fuentes, Andrés Rozental, Lionel Sosa...).

Tras su publicación, los razonamientos esgrimidos por Huntington han sido criticados desde diversos ángulos, aunque el grueso de las refutaciones apunta hacia una misma dirección: su errada premisa cultural-esencialista (paradójicamente, no tan divergente de los presupuestos multiculturalistas). Por ello, acudir a voces que parten de dicho enfoque —ya procedan de Estados Unidos, ya del mundo latino— no son útiles para validar su postura. Es más, según apuntó el profesor Jorge I. Domínguez (2005), recurrir al factor cultural resulta insuficiente para definir la identidad nacional de la nación; a éste habría que sumar el papel que desempeñaron la expansión económica en el siglo XIX y el alcance simbólico de los conflictos bélicos, tanto en el XIX como en el siglo XX. Pero la mayor carencia del trabajo de Huntington estriba en la falta de apoyatura empírica que revela el análisis (exceptuando los indicadores de pobreza), puesto que obvia tendencias ya presentes en 2004, que los años no han hecho sino fortalecer: ante todo, aquellas relativas al rápido aprendizaje del inglés que están manifestando las nuevas generaciones y a la dispersión territorial de los hispanos a lo largo y ancho del país, por no hablar de las nulas aspiraciones políticas de los mexicanos a recuperar regiones históricas y de la responsabilidad estadounidense en la dinámica de los flujos migratorios (7).

VIII. La identidad hispana a luz de los datos

En virtud de la significación de los datos demográficos, educativos y económicos, las investigaciones sociales en torno a los valores y la identidad adquieren solidez académica cuando parten del contraste experimental y, de hecho, recientes estudios han venido a demostrar positivamente la correlación entre el desarrollo económico y los principios culturales (Inglehart y Welzel, 2007). En consecuencia, sin desmerecer el interés erudito de las obras de Stavans y de Huntington (una suerte de negativo fotográfico de aquel), concluiremos el presente texto exponiendo el planteamiento empírico desarrollado por el sociólogo Alejandro Portes en su artículo: “La nueva nación latina: inmigración y población hispana de los Estados Unidos” (2006). Su análisis, tras constatar la expansión nacional de dicha población, incluye un amplio estudio de las circunstancias sociolaborales de los hispanos, que subraya su claro perfil de mano de obra barata y poco cualificada. Ahora bien, estamos ante un escenario del que los empleadores estadounidenses son corresponsables, en función de las ventajas económicas que extraen del mismo. En puridad, la clave se halla en las demandas estructurales de la economía del país, que asimismo andarían detrás de la llegada de inmigrantes ilegales. En este punto, Portes explica los efectos contraproducentes que han tenido las medidas de control migratorio,

al haber reforzado la percepción negativa del colectivo, perpetuando una imagen de bajo estatus social, e incentivando una reagrupación familiar en Estados Unidos que se produce en condiciones precarias **(8)**. En cuanto al problema de la gestación de comunidades transnacionales —que Huntington interpretaba como síntoma de disgregación—, su alcance queda restringido a un fenómeno connatural a la primera generación, que pierde peso entre los descendientes y cuyo impacto cultural se deja notar más en las localidades de origen que en territorio estadounidense.

Centrándonos en el aspecto que nos concierne —la configuración de la identidad hispana— Portes ofrece una descripción equilibrada que compagina razones que atestan, pero también cuestionan, su existencia. La pluralidad de sus ascendencias, la dispersión de asentamientos y su disparidad en términos de capital humano —cuyo mayor contraste refleja la alta formación de cubanos y colombianos frente a la de los mexicanos— dificultan el arraigo de un sentimiento comunitario cohesivo. Una divergencia que, pese al apoyo mayoritario de los hispanos al Partido Demócrata, no aplaca la afiliación política, si bien una mayoría de hispanos se manifiesta a favor de gobiernos fuertes, proveedores de servicios (Taylor *et al.*, 2012). En cambio, hay cuatro factores que respaldarían el cimientamiento de una cierta unidad: la cultura común, basada en el idioma español y la religión católica; la categorización estatal, propagada en los medios de comunicación, que ha acabado cuajando en el imaginario colectivo; el rol homogeneizador de la población mexicana; y, por último, la utilidad política y económica que se deriva de la construcción de un ente unificado: una apelación al sentido pragmático anglosajón que estarían incorporando los hispanos. En sintonía con este moderado optimismo, la cultura —insistimos— no implica barrera alguna, toda vez que:

“Los latinoamericanos comparten las mismas tradiciones occidentales y cristianas que la población receptora. Su ética en el trabajo, los valores familiares y las aspiraciones para el futuro son similares. El español es una lengua occidental con muchas afinidades con el inglés” (Portes, 2006: 87).

No obstante, una integración satisfactoria requeriría, siempre según Portes, de un renovado esfuerzo institucional, en aras de superar los déficits sociales pendientes: el racismo, fruto del malentendido que surge de asociar la categoría de hispano (que ni siquiera es étnica) con un fenotipo heredado, y el grave riesgo de desarrollar una asimilación descendente, en el contexto de un mercado laboral postindustrial polarizado. Esta dimensión es básica, puesto que la conexión entre baja formación, trabajo poco cualificado (o desempleo) y paternidad prematura genera dinámicas de estancamiento que pueden desembocar en situaciones de criminalidad, susceptibles de hipotecar el futuro de las nuevas generaciones hispanas y, por consiguiente, el de la nación. El refuerzo de los programas educativos y de orientación profesional, fomentado también desde las sociedades emisoras, resultaría en este sentido indispensable, siendo incluso

constitutivo de las propias vivencias identitarias, dado que —como asegura la socióloga Marta Tienda— lo hispano está asociado, más que a indicadores culturales, a experiencias de exclusión o inclusión, de oportunidades educativas (Lozada, 2013).

IX. Conclusiones

La esfera educativa se revela como la dimensión determinante del porvenir hispano, cuya evolución identitaria se juega precisamente en dicho espacio —el mismo en el que se debate la enseñanza del español—; no en balde la educación supera a la inmigración como asunto de preocupación entre los hispanos (AFC/HCREO, 2012). La movilidad ascendente se evidencia, pues, como un elemento esencial, siempre que venga acompañada por la promoción del biculturalismo, incierto en ausencia de líderes. Entretanto, la firme voluntad hispana de transmitir sus tradiciones colisiona con unos datos que plasman un ligero declive de las mismas, empezando por el del uso del español; tendencia que acaso compense su reinterpretación como fuente de oportunidad, en conjunción con el inglés.

Con todo, los datos referidos a la identidad más recientes avalan el cuadro avanzado por Portes: según el Pew Hispanic Center (2012), el 38% de los hispanos utiliza el español como lengua dominante y otro 38% es bilingüe, aunque solo lo hace un 8% de la segunda generación (un 53% de la cual se declara bilingüe) y un 1% de la tercera generación (con un 29% de bilingües). Se trata de una tendencia que confirma la predilección por aprender inglés (extendido al 87% del colectivo) y el acceso cada vez mayor de los hispanos a las noticias en inglés (de un 82%, frente al 68% que lo hace en español) **(9)**, registros que desmienten las predicciones de Huntington. Como lo también lo hace el porcentaje de latinos que entiende el trabajo y el esfuerzo como un factor de prosperidad (un 75%, frente al 58% del total de la sociedad estadounidense). Por último, es relevante observar cómo el 61% de hispanos dota de importancia a la religión (un porcentaje similar al de la población general, 58%) y que el 62% se declara católico, cifra que cae al 40% en la tercera generación, un 30% de la cual ya se define protestante.

Quizá la identidad hispano-estadounidense nunca se consolide como tal en Estados Unidos y pase, según predice Carlos Alberto Montaner, a ser nada más (ni menos) que “un matiz de los estadounidenses”. En este sentido, seguramente el periodista y editor hispano Carlos Lozada acierte al afirmar que “la identidad panlatina es demasiado amplia para que se sienta esencial”, conclusión que conecta con la tesis de las identidades plurales (de pertenencias “no rivales”), planteada entre otros por Amartya Sen, y que supera el debate en torno al multiculturalismo. Pocas fórmulas encajan mejor con ese vivir *in the hyphen* hispano con el que Stavans iniciaba su libro **(10)**.

Notas:

(1) Los términos “hispano” y “latino” se utilizan indistintamente en este trabajo, enmarcado en el proyecto de investigación: “Relaciones entre España y las comunidades hispanas estadounidenses: imágenes y percepciones mutuas”, financiado por el Instituto Franklin de la Universidad de Alcalá y publicado originalmente en la serie *Informes USA* del citado Instituto.

(2) Los méxico-estadounidenses representan hoy el colectivo socioeconómicamente peor situado.

(3) Fiebre mexicana refrendada por el MoMA con la exposición *Twenty Centuries of Mexican Art* de 1940.

(4) Stavans no olvida citar la labor pionera de la *National Conference of Spanish-speaking people* (1938).

(5) Lectura de claro signo negrolegendario, pero que se ajusta a uno de los dos estereotipos heredados que han caracterizado tradicionalmente la imagen exterior de España: la romántica, anárquica y pre-moderna frente a la ilustrada, pero decadente e inquisitorial (Lamo de Espinosa, 2001).

(6) De ahí la pregunta que se hacía M.^a Jesús Criado en su estudio de 2002: *¿Perdurará lo hispano?*

(7) Dinámica que, referida en general a la población hispana, fue sistematizada por Suárez-Orozco, de acuerdo a tres lógicas: 1) un flujo regular y masivo procedente de México; 2) oleadas intermitentes, por razones políticas, procedentes de Centroamérica y el Sur del continente (Colombia, El Salvador o Guatemala) y 3) un flujo caribeño de carácter circular (Puerto Rico y República Dominicana).

(8) La reforma del modelo migratorio presentada por la Administración Obama en abril de 2013 (pendiente de aprobación) se perfila como un instrumento clave, económico y securitario, para remontar el anquilosamiento social: supondría regularizar la situación de 11,5 millones de indocumentados (llegados al país antes del 31 de diciembre de 2011), del cual casi un 75% son hispanos (Valladares, 2013).

(9) Estos números corresponden a un estudio posterior (López y González-Barrera, 2013).

(10) Metáfora recuperada por Francisco Moreno Fernández en un reciente artículo de prensa dedicado al escritor hispano Junot Díaz: “Así es como la pierdes” (*Abc*, 16/10/2013).

Bibliografía:

American Federation for Children (AFC) e *Hispanic Council for Reform and Educational Options* (HCREO), Encuesta (mayo de 2012).

DOMÍNGUEZ, J. I. (2005): “¿Quiénes somos?”, Revista *Temas* nº 43, 130-133, julio-septiembre.

FERNÁNDEZ ULLOA, T. (2007): "Lost in translation: la educación bilingüe en los Estados Unidos", *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*, 45 (1).

GARCÍA CANCLINI, N. (2001): *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Paidós, Barcelona.

GONZÁLEZ, E. (2000): "Reseña de 'La condición hispánica'", *Revista Araucaria*, vol. 2, nº 3.

HUNTINGTON, S. (1997): *El choque de civilizaciones*, Paidós, Barcelona.

HUNTINGTON, S. (2004): *¿Quiénes somos?* Paidós, Barcelona.

IINGLEHART, R. y WELZEL, C. (2007): *Modernización, cambio cultural y democracia*, CIS, Madrid.

LAMO DE ESPINOSA, E. (2001): "La normalización de España: España, Europa y la modernidad", *Claves de razón práctica* nº 111 (abril).

LÓPEZ, M. H. y GONZÁLEZ-BARRERA, A. (2013): "What is the future of Spanish in the United States?", Pew Research Center, Washington DC.

LOZADA, Carlos (2013): "¿Quién es latino?", *El País* (25/08/2013).

MONTANER, C. A. (2002): "La paradójica identidad de los hispanos", *La Ilustración Liberal*, nº 13-14.

PORTES, A. (2006): "La nueva nación latina: inmigración y población hispana de los Estados Unidos", *Revista española de investigaciones sociológicas* nº 116.

RAMÍREZ, A. (2008): "Mexicanos y latinos en Estados Unidos: identidad cultural", *Revista Trabajo Social*, UNAM, México.

SEN, A. (2007), *Identidad y violencia: la ilusión del destino*, Katz editores, Madrid.

SILVA-HERZOG, J. (2004): "La amenaza mexicana", *Revista de libros* nº 95 (septiembre).

STAVANS, I. (1999): *La condición hispánica*, F.C.E., México.

SUÁREZ-OROZCO, M. (1999): “Latin American Immigration to the United States”, en V. Bulmer-Thomas y J. Dunkerly (eds.): *The United States and Latin America: The New Agenda*, Harvard University Press, Cambridge, MA.

TAYLOR, Ch. (1994), *La ética de la autenticidad*, Paidós, Barcelona.

TAYLOR *et al.*, (2012): “When Labels Don’t Fit: Hispanics and Their Views of Identity”, Pew Hispanic Center, Washington DC.

VALLADARES, S. (2013): “Hacia un nuevo modelo migratorio en EEUU”, *Tribuna Norteamericana* n° 13 (junio), Instituto Franklin-UAH.